

—¿Qué queréis decir, señor mío?

—Que nunca se os encuentra cara á cara, porque huís.

Gonzaga soltó una carcajada que sonó á falsa.

—¿Quién os ha contado semejante cuento, seor matamoros?

El anciano pareció crecer en estatura. Brotándole chispas de los ojos adelantó un paso, y en medio del más profundo silencio dijo pausadamente:

—Me lo ha dicho el mismo Lagardère..., que soy yo. ¡Levanta la frente, Gonzaga, para que todo el mundo pueda ver el sitio en que mañana mi acero castigará tu infamia!

Y le tocó con el índice entre las dos cejas, sin que Felipe de Gonzaga osara levantar la frente.

XVI

Prisión vacía.

Gonzaga fué conducido á su morada por la Guardia real y con sus secuaces. Habitaba un grande y antiquísimo palacio que, construído primitivamente por los moros, había sufrido á causa de incendios y derribos incabable serie

de transformaciones. No quedaban de la arquitectura arábica más que los muros y una infinidad de caprichosas escaleras y de puertas, muchas de ellas secretas. Dividido en tres cuerpos, uno lo habitaba Gonzaga, el opuesto sus *enrodados*, y el de enmedio Peyrolles, como lazo de unión entre éstos y aquél. Los criados, que eran en corto número y los más indispensables, ocupaban un departamento aislado. El mayor encanto de aquella morada era un magnífico jardín que se extendía hasta muy cerca del Manzanares, y que le permitía tener los mejores árboles de Madrid.

Después de devolver su espada al Príncipe, el Alcalde mayor tomó todas las disposiciones para impedir en absoluto la salida de los prisioneros, cerró todas las puertas exteriores, dispuso los centinelas, montó la guardia, y como medida de precaución dispuso que dos rondas de alguaciles dieran vuelta constantemente en sentido inverso de Palacio.

Despidióse el Alcalde del Príncipe, que le contestó con cierta impertinencia, por aquél desdeñada, y entró en sus habitaciones seguido de sus secuaces. Ordenó que les sirvieran de comer.

—Por ser la última noche que pasamos en Madrid, y ya que no podamos bailar en los salones del Alcázar, comamos y bebamos alegre-

mente. Quizás en el fondo de nuestros vasos encontremos el medio de burlarnos lindamente de Lagardère y del Rey.

Ya no era el hombre abatido y descorazonado de hacía un momento, sino la serpiente que yergue la cabeza y silba.

Antes de que saliera de Palacio Lagardère se había quitado la peluca blanca, mostrando su joven y varonil cabeza. Tan teatral efecto entusiasmó á la parte femenina de la asamblea, pues ninguna ignoraba la odisea caballerisca de aquel hombre asombroso, cuyas hazañas había engrandecido la fama al transmitirse de boca en boca. Y todos los caballeros le tendían la mano.

Lagardère gozaba con su triunfo, persuadido de que su misión estaba á punto de terminar. La dulce fisonomía de Aurora pasó ante sus ojos, y sólo los acordes de la música le sacaron de su arrobamiento. El Rey había dado orden de que comenzara el baile. Todos se hallaban satisfechos, y nadie dudaba de que era justa la expulsión de Gonzaga.

Enrique fué uno de los primeros que tuvieron el honor de danzar con la Reina y con la Princesa. Durante más de una hora fué el niño mimado de las damas españolas. Por eso, experimentó cierta contrariedad cuando Felipe

V le hizo seña para que se acercase á él y le llevó al hueco de un balcón.

—Caballero—le dijo Felipe,—no sabemos casi nada de vos, sino que sois una especie de héroe de novela, leal y bravo como los caballeros antiguos. Lo acaecido esta noche entre vos y el príncipe de Gonzaga nos obliga á pedir os explicaciones, si no os lo impide alguna razón. Pero si no hubiera ocurrido este incidente, habría sido igualmente desterrado del reino.

—Ya lo sé, señor. He sido el único que ha leído la carta de Su Alteza Real el Regente de Francia.

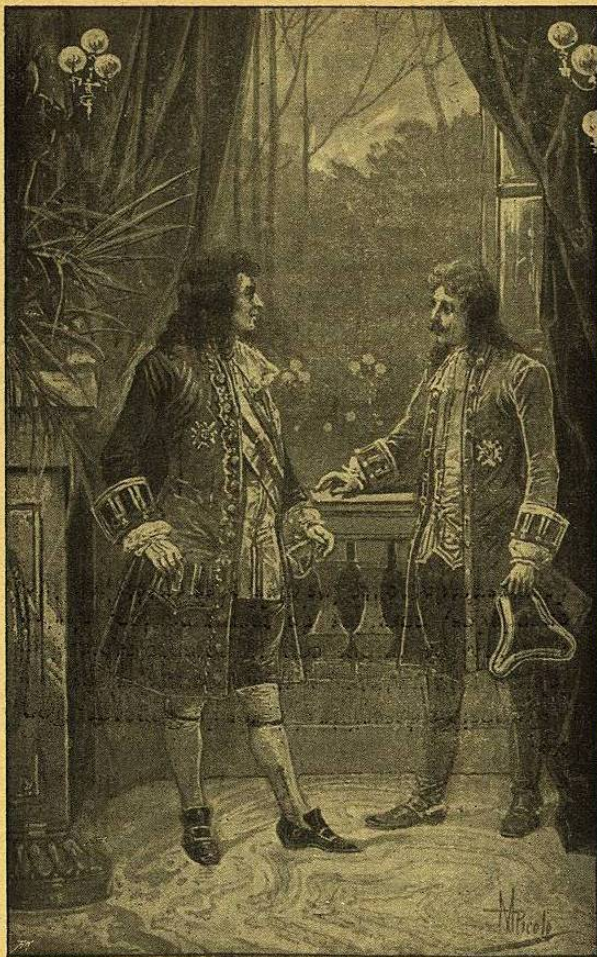
—No nos dice nada de vuestra presencia en España ni de vuestra enemistad con Mantua.

—Porque quería operar solo, y mi historia es larga. Si Vuestra Majestad desea conocerla, tendrá que armarse de paciencia para escucharla.

—Hablad, caballero: os escucharemos todo el tiempo que sea preciso.

Lagardère hizo el relato sin que el Rey le interrumpiese con una palabra; pero el rostro del Soberano expresaba ora la cólera, ya la indignación, bien el estupor ó la admiración sucesivamente.

—¿Y ahora qué vais á hacer?—preguntó al terminarse la relación.



Felipe V le hizo una seña para que se acercase á él.

—Matarle mañana, señor, como se lo he dicho. Entonces será libre, porque no han matado al turco sus secuaces. Por el contrario, Sulkham se contentó con darles una lección cuyas señales llevan. Acaso antes que termine el baile podré tener el honor de traerle á presencia de Vuestra Majestad.

—¿Sabéis—dijo el Monarca risueño—que sois un hombre atroz? Hace dos siglos quizás no hubierais escapado de ser quemado por brujo.

—Mi brujería consiste en querer; y mi voluntad en el momento actual se reduce á hacer expiar mañana sus infamias á dos criminales: Gonzaga y Peyrolles. Los demás sólo son comparsas, y les perdono la vida. Cuando la cabeza queda sin vida, los brazos se inmovilizan por sí mismos.

—¿No contáis con que la muerte puede volverse contra vos? Creemos de nuestro deber no permitirnos lo que deseáis.

—Señor, Felipe de Nevers aguarda su venganza—repuso Enrique como inspirado.—Cuando la hora designada por Dios para realizar su justicia haya sonado, nadie podrá detener mi brazo. Persiguiré á los asesinos por doquiera, y si no puedo lograr aquí la vida de esos dos desalmados, obtendré en otra parte la vida de todos.

—Podemos impedirlos que los sigáis.

—Aprisionadme, señor; pero me evadiré de la prisión; y si mandáis encadenarme, romperé los grillos. Mi venganza es sagrada: ya tuve el honor de decir á Vuestra Majestad que era necesaria, que había que hacer justicia.

Ante tal decisión el Soberano cedió.

—Pues bien, caballero; mañana, en nuestra presencia y ante la más alta Nobleza española, podéis luchar frente á frente y espada en mano contra Gonzaga y su factótum. Dios es justo; saldréis victorioso.

Le cogió del brazo y volvieron al salón, donde los circunstantes comentaban su larga ausencia. Pero no estuvo mucho rato el Conde allí: de pronto desapareció sin que nadie se hubiera dado cuenta de cómo y por dónde, y un cuarto de hora después aparecía en una de las puertas el jorobado y patizambo Sulkham con sus albornoces y su lanza. De pronto el islamita, sonriente y ufano, hendió la multitud que se agolpaba para contemplarle, y fué rodando hasta los pies de Felipe V.

—¿De dónde sales, Sulkham? ¿Qué te ha sucedido anoche?

El musulmán contó con señas expresivas que había reñido con los seis *enrodados* y había herido á cuatro.

—¿Los conoces?

El turco respondió que sí, y el Monarca le

dijo que al día siguiente le pondría ante ellos.

Entre las personas que acudieron á felicitarle no dejó de hacerlo expresivamente la hermosa duquesa de la Ciudad. El jorobado le hizo cortesanas reverencias, y de pronto le dijo con voz sonora y armoniosa, dejando estupefactos á los cortesanos:

—¿Queréis honrarme Duquesa, danzando conmigo esta gavota?

—¡Calle! ¡El mudo habla! Acepto, para ver sise enderezan esas piernas con la facilidad con que se ha desatado la lengua.

La Duquesa se había ruborizado al principio; pero sospechó en seguida que continuaba la racha de las sorpresas, y al ver sonreír al Rey aceptó, como hemos visto.

Bailaron. El caballero se había enderezado, y danzaba admirablemente. No quedaba del antiguo Sulkham el siluetista más que los albornoces, el turbante con la media luna y la joroba. Cuando terminó la danza sacó un par de tijeras de oro.

—La señora Duquesa tuvo la merced de obsequiar á Sulkham con estas tijeras hace pocas tardes. ¿Me permite conservarlas para obsequiar con ellas á mi novia?

—¡La novia del turco!—exclamaron varios.

—¿No nos la presentarás, Sulkham?—preguntaron algunas damas.

—¿Y quién es tu novia?—interrogó la Duquesa.

—Mi novia es Aurora de Nevers, y yo soy el conde Enrique de Lagardère.

Y quitándose armas, albornoz y turbante, apareció tal cual era entre las aclamaciones entusiastas de la concurrencia.

Felipe V gozaba con la sorpresa de todos. Sospechaba el caso por las palabras de Enrique, y no tuvo que pedir explicación alguna.

—Ahora nos toca hacernos un obsequio; no á Sulkham ni al anciano hidalgo andaluz—dijo quitándose el cordón de Isabel la Católica,—sino al noble y caballeroso conde de Lagardère, uno de los hombres más audaces y valerosos del otro lado de los Pirineos. El rey de España, Conde, os hace comendador de esta Orden, con aplauso de todos los que la componen.

Enrique hizo profunda reverencia, y en el acto se efectuó la solemne ceremonia. Al terminar, el Monarca dijo en voz baja al Conde:

—¡Quiera el Cielo que esta encomienda proteja mañana vuestro pecho!

Y mientras ocurrían tales cosas en el Alcázar, los enrodados terminaban su festín, sin que, por excepción, se hubieran embriagado, no obstante haber bebido copiosamente.

Á media noche Peyrolles despidió á los criados, y poco después fué á asegurarse de que

todos dormían en su pabellón. Gonzaga, insolente y burlón, escuchó un momento, el paso acompasado de los centinelas y dijo:

—Hoy habéis visto al anciano hidalgo andaluz transformarse en Lagardère. Mañana verán hacer lo mismo en el Alcázar á Sulkham. Por esta vez, Nocé, tuviste mejor olfato que yo, y buena fué tu idea de querer ver con la punta de la espada lo que ocultaba aquella joroba. Sólo que, francamente, nos has puesto á merced de nuestro adversario.

El gordo Oriol se estremeció.

—El Rey—murmuró—nos ofreció respetar nuestra vida si el turco parece, y acabáis de decir que le veremos mañana en el Alcázar, Monseñor.

—Fiarse en la palabra del Rey, es carecer de energía para fiarse uno de sí mismo. ¿No os he repetido mil veces que debemos seguir nuestro camino sin preocuparnos en lo más mínimo ni de esperanzas ni de promesas? Felipe V ha prometido; Lagardère ha amenazado. Ni uno ni otro cumplirán sus deseos. ¡Soy yo quien os lo afirma!

Inclinados hacia adelante, los enrodados bebían las palabras de su señor con ansiedad indiscriptible. Aquel hombre tenía una vez más su destino en la mano, y antes de decirles si iba á abrir ó á cerrar aquella mano, se rego-

cijaba con su miedo y jugaba con sus esperanzas.

De pronto dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¿Qué os parece de una residencia de algunos meses en Londres? Quizás obtuviéramos un buen lugar en la corte, y París no está más lejos de la capital de Inglaterra que de la de España.

—Para eso—objetó Nocé—tendríamos que pasar sobre los cadáveres de los guardias y de los corchetes.

—Ó por debajo—replicó el Príncipe.

—Si la noche fuera más oscura...

—Al contrario: necesitamos una noche clara. Enciende una antorcha, Montaubert. Coged vuestras espadas, señores.

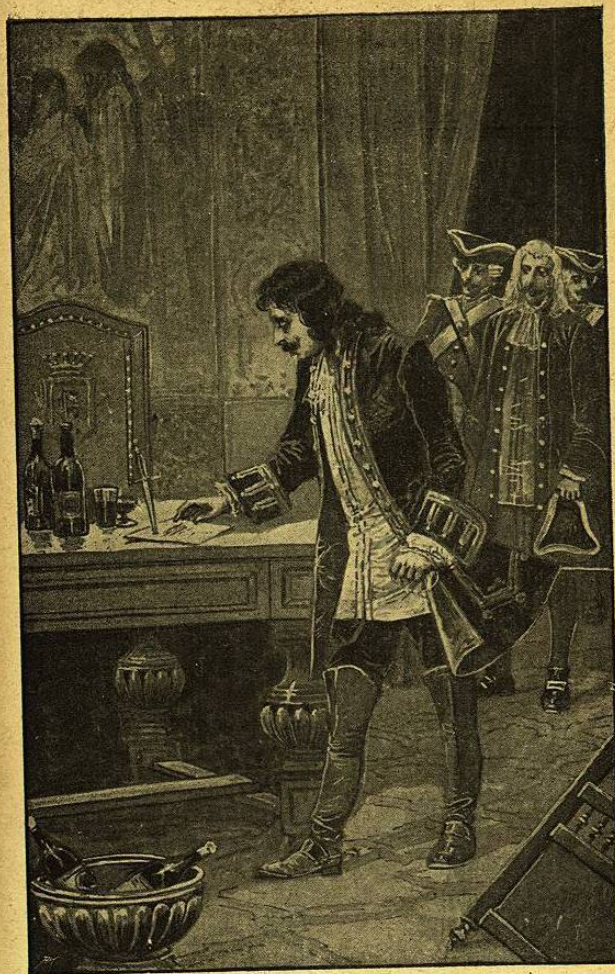
Vaciaron por despedida otra botella de jerez.

—Dejemos esas otras para los guardias—dijo burlonamente Gonzaga.— Su lengua se pegará al paladar cuando hallen el nido vacío, y el mismo Alcalde mayor tendrá sed, y necesitará algún tónico que sostenga sus fuerzas.

Y blandiendo la antorcha encendida por Montaubert, exclamó imperativamente.

—¡Seguidme!

Abrió una puerta que nadie conocía, y que



Pero en la mesa, clavado con un puñal, había un papel...

daba acceso á una escalera de caracol húmeda y negra que se sumía en las profundidades de la Tierra. Por un dédalo de corredores subterráneos salieron lejos de Madrid, donde tenían preparados caballos. Montaron, y se dirigieron á toda prisa hacia Lisboa para embarcarse allí con rumbo á la Gran Bretaña.

Lagardère registró por sí mismo el palacio del Príncipe, acompañado del Alcalde mayor y de los guardias. La jaula estaba vacía. Pero en la mesa, clavado con un puñal, había un papel escrito de puño y letra de Gonzaga, que decía:

«Felipe de Mantua no huye ante la espada de Lagardère. Va á otro país á preparar su pérdida y la de Aurora de Nevers».

SEGUNDA PARTE

LA GRANGE-BATELIÈRE